



Renée Ferrer de Arrellaga

# **Campo y cielo**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Renée Ferrer de Arrellaga

## Campo y cielo

Al niño campero,  
A Don César,  
a César,  
y a mis hijos

Para los más chiquitos

Balido

Oigo un tierno sonido  
cruzar el callejón.

¡Salta mi corazón!

¿Son nubes que han formado  
sobre el pasto un festón?

¡Salta mi corazón!

¿Son madejas de lana  
o copos de algodón?

¡Salta mi corazón!

¿Desde lejos no veo  
sobre el campo qué son?

¡Salta mi corazón  
Cuando escucho el balido  
de sus bocas rosadas  
sé que ovejitas son.

¡Canta mi corazón!

### Ranas

Croan las ranas,  
en el tajamar,  
bajo el sol caliente  
muy lejos del mar.

Bajo el sol caliente,  
en el tajamar,  
se mojan las patas  
verdes al saltar.

De noche se escucha,  
en el tajamar,  
el son de las ranas  
al brillo lunar.

¿Qué canción de cuna,  
qué verdes arpegios  
aduermen al niño  
cuando tiene sueño?

Un coro de ranas,  
desde el tajamar,  
le canta al pequeño  
muy lejos del mar.

### Lechones

Lechoncitos retozan  
en el barrizal:  
orejas entornadas,  
el hocico glotón,  
los ojitos pequeños,  
ronca y baja la voz.

Sus colas enrolladas

interrogan al sol  
cuándo será la hora  
de darse un atracón.

Les encanta bañarse  
en charcos espejosos,  
y dormir una siesta  
a la sombra del pozo.

Se sacuden más tarde  
el lodo asoleado  
y parten cual señoras  
en tacones de baile.

## Lluvia

Repican, pican las gotas,  
repican en el parral.  
Arpegios de agua en las hojas  
se resbalan sin cesar.

Repican, pican las gotas  
sobre las uvas rosadas  
dejando en su piel sedosa  
un resplandor de cristal.

Los sapos han decidido  
tomar una ducha fresca  
y se quedan dormitando,  
muy serios, toda la siesta.

Repican, pican las gotas  
mientras las gallinas blancas  
en fila esperan pacientes  
que pase la lluvia mansa.

Repican, pican las gotas  
repican en el parral  
y los perros las colitas  
se ensucian en el barrial.

De pronto cesa la lluvia  
y se despabila el sol,  
enlazando campo y cielo  
con un arco de color.

Pororó

Pororó, pop, pop,  
contra la olla de hierro  
revientan los granos duros  
y nacen rosetas blancas.

Pororó, pop, pop,  
se disparan sin parar  
ardiendo en grasa de cerdo  
con un poquito de sal.

Pororó, pop, pop,  
rechistan al reventar  
formando montañas blancas,  
montañas de espuma y cal.

Pororó, pop, pop,  
con un poquito de sal,  
se deshacen en la boca  
qué deleite, qué manjar.

## Y los no tan chiquitos

Cántaro

Redondez perfumada  
de tierra recocida  
con un plato en la boca  
y un jarro del revés.

En capullo de barro  
queda el agua dormida,  
aprisionada y limpia  
para mi ávida sed.

Qué modestia tostada  
la de tu curva uncida  
por dos manos morenas  
teñidas de tu tez.

Cántaro que retienes  
en telúrico seno  
un sabor de agua mansa  
con sobria sencillez.

Entre mis labios canta  
tu líquida frescura,  
el límpido sonido  
de tanta redondez.

Tatacuá

Tatacuá.

Nido gigante de hornero.  
Tosca tu piel,  
abovedado tu cuerpo.

Semana Santa se acerca.

La leña ponen a arder  
hasta que ardiente y tostada  
se te pone la pared.

Entonces con gran cuidado  
sacan las brasas a un lado.

Sobre hojas de banano  
de relumbrante verdor  
hileras chipá mestizo  
entregan a tu calor.

Aroma de anís esparcen  
sus aros almidonados  
bajo la sombra fragante  
de retorcidos guayabos.

Cuando te quedas vacío,  
tatacuá,  
se acuna en ti  
sueño de maíz cocido.

## Boyero

Por la cañada se escucha  
el ladrido de los perros.

Las ruedas de la carreta  
siempre protestan.

Al monte se van los bueyes  
por la mañana,  
a traer madera seca  
para el fogón de la siesta.

El niño les picanea  
en su indolencia  
y con indolencia avanzan  
sobre la cuesta.

Silbando se aleja el niño,  
siempre silbando,  
Su fantasía agreste  
riega los campos.

Y cuando el sol ardiente  
su rostro tuesta,  
él retorna silbando,  
silbando siempre.

## Marcación

Se aneblina el corral  
de humo y polvareda.

El humito es azul  
y la llama amarilla.

Se calientan las marcas.

La hacienda se arremolina.

Vivaz se acerca un ternero.

Calza su lazo el arriero.

Negro olor de tristeza  
el hierro deja en el cuero  
mientras se agrandan sus ojos  
llenos de asombro campero.

Su destino en el anca  
ya lleva a fuego,  
un destino que abarca:  
campo y cielo.

Son tres y corren alegres  
Son tres y corren alegres,  
corren las tres por el campo,  
como amapolas pequeñas  
desprendidas de su tallo.

Por un sendero de polvo  
van acercándose al carro  
que gime canción sedienta,  
mientras retorna bajando.

Su paso deja una estela  
de blanca niebla flotando  
sobre los pastos jugosos  
en increíble descanso.

En los límites del prado, lejos,  
se extienden los árboles  
como encerrando en sus brazos  
la majestad del ocaso.

Son tres y se van corriendo,  
alegres van por el campo  
como amapolas que vuelan  
para volver en el carro.

Tajamar

Qué placidez la del tajamar.

Agua de luna dormida.



Mancha de claridad  
sobre la verde gramilla.

Los yuyos de sus orillas  
en la costa se arrodillan,  
amarilleados de sol,  
y de sombras amarillas.

Vienen de tarde a beber  
los bueyes el agua tibia,  
barro mestizo su piel,  
su líquida piel de arcilla.

Y los arrieros se bañan  
en su placidez nocturna,  
cuando se acurruca el sol  
y se desnuda la luna.

Leche caliente

Espuma blanca y tibia.

Tibia espuma.

Entre mis manos bajas  
hasta la lata.

La vaca mueve la cola  
majestuosa,  
y dormita rumiando  
bovinas cosas.

La leche quiebra el aire  
de la mañana  
con su sonido rápido  
y escurridizo.

Cortas saetas  
de blanca luna  
del pezón desprendidas  
una por una.

Cuando acabo el ordeño  
de la mañana  
beso en el jarro lleno  
la tibia espuma.

Tereré

Tereré tiene un imán  
escondido entre la yerba.

La guampa pasa aromada  
con hoja yerba lucero  
entre los dedos camperos.

El agua tiene el sabor  
y los secretos que el viento  
le arrancó a los yuyos frescos.

Tereré a media mañana,  
Tereré al atardecer.

En ronda de jornaleros  
se esconden los pensamientos  
y se cuelgan los sombreros.

Cololó canta la guampa  
cuando el agua se termina  
subiendo por la bombilla.

Tereré tiene un imán  
molido con yerba fina.

Mago rosa

Caen  
mangos y sombra  
sobre la tarde.

Alberga mil abejorros  
su tronco enorme,  
y sobre la arena lisa,  
queda una alfombra

de mangos amarillos,  
rosa su nombre.

Las frutas en sus pómulos  
llevan pintadas  
de irisados fulgores  
la piel lustrada.

Y en el lugar que el peso  
cortó su cabo  
se escurre llanto denso  
y azucarado.

Caen  
mangos y sombra  
sobre la tarde.

Escuela campesina

Palomas blancas se alejan  
por el sendero.

La campana es canción,  
canción distante.

Muy de mañana,  
cuando apenas el sol  
se despereza  
se han ceñido las trenzas  
con cintas anchas.

La escuela abierta parece  
sobre la loma  
un palomar bañado  
de cal brillante.

Por sendas polvorientas  
desde los ranchos  
salpicando blancura  
van por los campos

Y mientras el sol abre  
sus ojos grandes,  
la campana repite  
canción distante.

### Fogón

El viento silba afuera,  
afuera silba;  
silba cuando los peones  
se arriman con pies descalzos;  
silba mientras se sientan  
en ronda abierta,  
y frente al fogón contemplan  
la llama incierta.

El viento silba afuera  
cortando el frío  
con su silbo filoso  
y repetido;  
silba cuando comienzan  
a contar cuentos,  
cuentos de poras blancas  
y aparecidos.

El viento silba afuera,  
afuera silba;  
y en las noches que tiemblan,  
ateridas de frío,  
no hay lugar más amigo  
que el fogón encendido.

### Galope

Bandera de crin al viento,  
cascos turban el silencio.

Devorando campo y cielo,  
se van... se van.

Polvo flotando en la senda  
angosta de roja tierra  
como pájaros errantes  
se van.... se van.

En la verde inmensidad  
se diluyen como un sueño,  
jinete y potro azulejo.

Hacia el caer de la tarde,  
cuando todo está desierto,  
se escucha un leve trotar  
desde los cerros.

¿Cuántos pensamientos juntos  
han compartido a lo lejos,  
bajo los montes umbríos,  
callados, quietos?

De esas tristezas y sueños  
jinete y potro azulejo  
sólo sabrán el secreto.

Cocotero

Cocotero,  
alto y recto  
donde subirme no puedo.

Le llevas a cada nube  
el mensaje de tu piel:  
esbelta planta en el suelo,  
verde borrasca en el cielo.

Mece sus hojas filosas  
el empujón de los vientos.

Frutos de pulpa jugosa  
revientan sobre los cerros.

Desde su flor desgranada,  
de una suelta amarillez,  
quisiera mirar lejana  
la horizontal lejanía.

Cocotero  
alto y recto,  
mástil de mi tierra es.

## Relatos

### El baño

Esto sucedió antes de que tuviésemos la casa nueva.

Como era habitual fuimos a la estancia para los trabajos de marcación y nos instalamos en la única casa existente, la cual tenía unas proporciones espléndidas, aunque paredes de adobe y lecho de palma y paja. Nuestro dormitorio daba a lo que se llama el «óga-vy», que sirve en los ranchos de campaña de lugar común. Allí, se reunía la peonada todas las mañanas a tomar tereré, entre las gallinas que picoteaban, distraídas, alguna miga de galleta rezagada del desayuno; y de noche, en rueda con el patrón, se conversaba al terminar la cena.

La hora del crepúsculo era para mí aquella que traía aparejada la nostalgia de cuantas comodidades no existían y también el momento del baño diario.

Como es habitual en el campo, la casa tenía dos baños: uno, pegado al dormitorio, pero sin comunicación con él, para el aseo personal; y el otro, bastante retirado, para todo lo demás.

No es necesario decir que darse un baño en ese lugar implicaba una serie de preparativos previos, no por sencillos menos meticulosos. Por lo general se trataba de disponer un balde con un poco de agua fría, una palangana; un jarro y el jabón sobre un tronco tronzado a manera de pie, la toalla y la ropa limpia colgadas de sendos clavos a modo de percha, y naturalmente sobre el piso de tablas una pava con agua caliente.

El baño, no sé si lo dije, estaba reservado a las mujeres y en los días de mucho frío, también al patrón. Era un cuartito instalado sobre cuatro pilotes de menos de medio metro de altura para que el agua escurriera con facilidad, bajo el que se formaba un barrizal, que con el tiempo se convirtió en el paraíso de un chanco viejo. El piso y las paredes eran de madera, y entre tablón y tablón, unas hendidijas irregulares dejaban ver, al que se bañaba, ese trajín del personal que cierra el trabajo del día.

Me gustaba sobremanera detenerme en los detalles desde ese observatorio inobservable; mirar los distintos verdes del monte tragarse la limpidez del cielo; el arreo apacible de las ovejas bajo el último esplendor de la tarde; y a poca distancia, brillando como un espejo horizontal, el tajamar, donde se bañaban los caballos, y más tarde, los hombres.

Si uno tenía la desgracia de desvestirse, y luego, darse cuenta de haber olvidado el jabón, o lo que es peor, la toalla; no cabían más de dos alternativas: o volver a vestirse discretamente para buscar el objeto olvidado, o gritar para que alguien se lo alcanzara, con la bochornosa evidencia de semejante intimidad.

Darse un baño en el campo tiene sus secuencias. La preparación del agua templada en la palangana; la ubicación de la ropa limpia en la percha, un poco lejos para no salpicarla; y

por fin, desvestirse, con el secreto temor de que alguien transite por el pasillo, echando una ojeada a través de las hendidias, no obstante el tácito convenio que vedaba el paso a esa hora.

Pero a pesar de lo prosaico, ese lugarcito provocaba en mí un cierto deleite. Si se tiene suficiente agua caliente y se sabe regular con el jarro los chorros que van cayendo por las ranuras del cuerpo, uno puede demorarse hasta que las estrellas terminen de alumbrar la noche; y empapada de luna, dilatar el tiempo hasta que, de pronto, la magia se rompe, y hay que vestirse.

Una vez se me antojó que ese cuartito era el sitio ideal para hacer gimnasia sin ser vista. No sé por qué la gente de la capital generalmente se intimida al realizar en el campo cosas que en la ciudad resultan del todo corrientes. Empecé entonces a saltar levantando los brazos y separando los pies con el clásico movimiento del polichinela. Inmediatamente noté que alguien se acercaba; y, tratando de pasar inadvertida, me quedé inmóvil. Un peón se paró sigilosamente en el pasillo, escuchó con curiosidad, y luego se fue. Volví entonces a insistir en el mismo ejercicio, pero enseguida se acercó el hombre más inquisitivo que antes, aguzando el oído. Así estuvimos un rato, yo intentando saltar y él tratando de develar algún misterio, hasta que finalmente dijo entre divertido y azorado: ¡FANTASMAS!

Entonces comprendí que mis saltos hacían vibrar el asa del balde produciendo ese rítmico ruidito metálico que tanto lo intrigaba.

Esa noche Francisco, que así se llamaba el peón, se acostó más temprano, para evitar, seguramente, toda posibilidad de encuentro con algún aparecido; y yo, categóricamente, decidí no volver a intentar proezas gimnásticas en un baño de campaña.

### Los guayabos

Cuando estuvo terminada la casa de material la rodeamos de una promisoría vegetación. Además de los pinos, llevamos cincuenta plantas de árboles frutales para una quintita que se delimitó al costado del corral. Las especies eran de la más extensa y jugosa variedad: naranjos injertados, pomelos, mandarinos y limoneros; yvaporós, alguna que otra planta de lima, Yvapurús de negras y dulces frutas pegadas al tronco, aguacates lustrosos, chirimoyas fáciles de desgranar, y guayabos.

Años después esos árboles estaban, en su mayoría, regularmente crecidos y daban, casi en su totalidad, riquísimas frutas. Una mañana me acerqué al borde del corral, donde entre grevilias que alzaban sus agujas al cielo, había un grupito bien dispuesto de guayabos. Se veían colgando de sus ramas, entre las hojas nuevas de color ambarino, frutas incipientes, en diversos estados de crecimiento. Aún no estaban maduras y exponían sus pulpas rosadas, a través de pequeños redondeles que el picoteo de los pájaros les dejó en la cáscara. El follaje tenía el aspecto de un encaje de finísima trama, causa sin duda de alguna plaga rebelde.

Me puse a observar el cielo entre el ramaje y sentí como si me empequeñeciera dentro de una gruta vegetal que dejaba como ventanas abiertas por donde se colaba el sol. Me

sorprendió el contraste entre la textura ondulante de las hojas y la suavidad totalmente lisa de los troncos; y sobre todo la diversidad de tonalidades verdes y marrones que, entremezcladas, producían un efecto perfecto de «camuflaje».

No sé si alguna vez habrán notado lo extremadamente difícil que resulta, para personas sin práctica en esos menesteres, treparse a los guayabos; y es porque, siendo tan lisos, carecen de nudos o de cualquier otro tipo de apoyatura.

Pero el mayor placer me lo produjo el descubrimiento de que el tronco del guayabo se descascara perdiendo la piel exterior como ciertos reptiles. En efecto, la última lámina de la corteza se resquebraja, enrollándose sobre sí misma hasta formar unos pequeños pergaminos de puntas muy tiesas, e irregulares que, a la menor presión de los dedos, se desprenden deshaciéndose con un delicioso rumor. El placer que me producía ir pelando las ramas, una a una, me mantuvo entretenida un buen rato.

De pronto, en lo alto de uno de ellos divisé una guayaba madura, tal vez la primera de la estación que los pájaros y el ojo avisado de los peones habían respetado por pura casualidad.

Con la boca ya jugosa decidí saborearla. Sumida en mi determinación, coloqué cuidadosamente un pie en la horqueta que formaban una rama gruesa y otra delgada, e impulsándome con bastante agilidad pronto la tuve al alcance de la mano. La descolgué suavemente y ahí mismo, dejé que su cáscara corrugada y polvorienta se partiera entre mis dientes, dejando al descubierto la pulpa ácida y las durísimas semillas.

No bien hube terminado mi agreste manjar, una de las ramas se quebró y me vi sentada en el suelo ante la atenta mirada de un perro que, sin que yo lo notara, me había acompañado.

### La Poda

Aquella mañana, cuando miré por la ventana, mis ojos desbordaron la distancia que media entre la casa y la línea donde comienza a sonrosarse el firmamento. Vi entonces que el pasto se volvía paulatinamente platinado hasta formar un rizo de bruma exactamente donde se tocan campos y cielo.

El frío me estiraba la piel sobre los pómulos y la frente, en tanto pequeñas grietas inofensivas me partían los labios. Animada por la promesa de un sol espléndido, que aquella neblina dejaba suponer, decidí hacer una poda.

Munida de un cuchillo filoso di una vuelta a la casa observando las achiras. La mayoría tenían las hojas quemadas por la helada de la noche anterior y algunas ostentaban varas, que habiendo florecido ya, sólo, esperaban un corte de cuajo para rebrotar. En cuclillas y con el viento sobre la nuca empecé la faena, lenta y minuciosamente.

Trabajé primero con las plantas de hojas oscuras y flores rojo fuego; luego con las de pétalos matizados de amarillo y naranja y hojas muy claras; y finalmente podé las de color salmón.



Me gusta tomar las hojas secas y estirarlas hacia el suelo con un movimiento rápido y decidido, y ver cómo se desgajan del tronco principal con un chasquido de frágil y efímera sonoridad; y en medio de los tallos cóncavos desprendidos sentir el agua almacenada durante la noche caer a borbotones sobre el dorso de mi mano, salpicando mis mejillas, dejándome en los labios un delicioso e inesperado frescor.

A medida que se agranda el sol el frío se adormece, y queda sobre el pasto, por breve tiempo, una alfombra de diminutas gotitas de rocío que se evaporan poco a poco hasta desaparecer por completo en la luminosidad de la mañana.

Mi tarea sigue. Las hojas son separadas con escrupulosa concentración y van quedando desparramadas a mis espaldas, para verse al poco rato tan mustias, que parece como si nunca hubiesen sido hermosas.

Una a una, cada planta recibe el tratamiento especial: limpieza, corte de hojas quebradas y aireación de los macizos entremezclados con yuyos. Estoy por terminar, cuando de pronto, un agudo grito me agranda la garganta: un sapo enorme duerme plácidamente al pie de una achira.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

